

*La versión original de este cuento, bajo el título *Congelados*, fue publicada en la revista *Distribución y Consumo (MARCASA)*. Nº121. Año22, enero-febrero 2012.

Uña y carne

Marcelo Luján

No le conozco de nada, me dijo. Ni usted a mí. Pensé en escribirle una carta pero de sólo pensarlo me resultó bastante absurdo. Por eso estuve llamándole a este número durante varios días. Sé que existe el correo electrónico y esas cosas pero soy un hombre mayor: no tengo Internet ni ordenador y si tengo teléfono móvil es porque me lo ha dejado mi hijo, la última vez que vino al pueblo.

Vivo solo, me dijo: mi esposa murió hace tiempo. Le llamo porque podría contarle con lujo de detalle una historia que seguramente le interesará a usted y al maleducado de su jefe. Sucedió hace más de veinticinco años: un verano que aquí en el pueblo nadie quiere recordar. Es como si todos los vecinos se hubiesen puesto de acuerdo para borrar ese episodio de nuestra memoria. Nadie le dirá una palabra de aquello. Los Osorio no existen aquí. Nunca existieron. Fue un acontecimiento escalofriante, me dijo. Una desgracia.

Mi jefe me confirmó que el viejo había llamado varias veces, que le saltaba la térmica con mucha facilidad, y que sólo hablaría conmigo. Quiero que se ponga Diego Muñiz, joder, me dijo mi jefe que decía el viejo. Supuse que habría leído alguno de mis reportajes. A veces pasa que alguien lee cierto artículo firmado por cualquiera de nosotros y la historia le toca la fibra y creen que el autor es un elegido. Casi nadie sabe que somos tres redactores y que la mayoría de los textos están firmados con seudónimo para que esto parezca que es el *New York Times* y no el apaño que en realidad es.

Quise que me adelantara algo por teléfono pero el viejo se negó. Le invité a la redacción: imposible. Como le he dicho, me dijo, soy un hombre mayor: no puedo trasladarme a Madrid y no es plan contarle nada por teléfono.

La voz sonaba algo quejumbrosa, rara. Tuve que mirar el número un par de veces para asegurarme de que esa llamada no fuese una de las tantas llamadas anónimas que recibimos en la redacción, llamadas de chalados que juran haber visto a la Virgen.

Lo único que le pido, me dijo, es que sea lo más fiel posible con lo que en verdad ocurrió. Sé que usted escribe bien, Muñiz: he leído cosas suyas.

Con bastante esmero, le expliqué al viejo que tenía que adelantarme algo. Tengo que saber más o menos de qué va. Igual no nos interesa, le dije para picarlo. El viejo dudó pero enseguida soltó el rollo. Cuatro cosas, es verdad. Pero la historia no estaba nada mal. En principio, podía encajar en una sección que hemos titulado Malentendidos, y que ha tenido una increíble aceptación entre nuestros lectores. En *Historias asombrosas* no publicamos ficción. Solo hechos reales. O al menos esa es la teoría y el caballito de batalla de nuestro director, que a su vez es mi jefe y el que paga todos los recibos.

Yo soy el padre de Ángel, me dijo el viejo. El padre del chaval con el que ella se iba a casar.

No me había contado mucho pero ese último dato que el viejo soltó sobre el final de la conversación, me pareció curioso. Mi olfato periodístico me decía no sólo que la historia era potente, sino que el viejo sabía algo que nadie supo jamás. Algo que tal vez, a su edad, le estuviese pesando demasiado.

El lunes, a primera hora, cogí la A5 dirección Badajoz. A las nueve y poco estaba en Cáceres y quince minutos después en Arroyo de la Luz, un pueblo con mogollón de leyendas negras para los escasos seis mil habitantes que tiene. El viejo era muy parecido a lo que me imaginé: bastón, gorra, el pelo cano, el cuerpo como de papel y sin embargo tan lúcido. Me esperaba en la puerta de su casa, una casa baja y clara, cuya fachada dejaba en evidencia que el tiempo no transcurre igual para todos.

Mientras aparcaba el coche ensayé mentalmente un rezo para que el viejo no fuera uno de esos majaras que dicen ver y hasta hablar con la Virgen. Dentro de la casa el aire olía, cómo decirlo, a keroseno mezclado con mortadela. Me preguntó si era extranjero y cuánto tiempo llevaba en España. Cuando le respondí, el viejo levantó las cejas algo extrañado. Me invitó a tomar asiento. Me ofreció cosas de beber. Carraspeaba. La mesa donde apoyé el morral estaba cubierta por un hule a cuadros que me recordó al comedor público de un barrio de emergencia. Siete años, vaya, me dijo el viejo. Y me confesó que él también marchó, una vez, en su

juventud. A Suiza. A buscarme la vida, me dijo. Pero nada más llegar me pillé una pulmonía del demonio y los suizos me deportaron por las malas.

Otros tiempos, dije mirando la hora.

El viejo, en silencio, fue hasta un aparador que había en el otro extremo del salón y regresó con una hoja de periódico. La trajo enganchada entre sus dedos: el papel rugoso y oscurecido: sus manos manchadas, huesudas. Me lo puso delante de los ojos. Mire, me dijo. Miré: la noticia era, desde luego, policial: el titular, a seis columnas, no se andaba con rodeos: Accidente mortal en el Polígono de Las Capellanías. Y en la bajada: Se investigan las causas aunque todo apunta a un fatal descuido. El viejo me señaló, mientras yo intentaba leer algunas líneas, la fecha en el margen superior de la hoja. Mil novecientos ochenta y cuatro, me dijo el viejo mientras su dedo índice, tembloroso, apuntaba cerca del numerito.

Como sabía su edad, calculé que en mil novecientos ochenta y cuatro el viejo tenía cincuenta años.

No hay fotos de ellos, me dijo enseguida.

Me quedé un rato observando la única imagen que acompañaba la noticia: el cartel blanco con el letrero Mercado Municipal Ronda del Carmen, un tinglado en medio de la explanada, y un solo bloque con una puerta de doble hoja. Y una mujer con el carro de la compra en el extremo izquierdo de la fotografía: la mujer parecía querer huir del rectángulo de la imagen. Y de la historia.

Leí, muy por encima, toda la noticia. Era escasa, plana, escrita sin alma, diría mi jefe. Le dije al viejo que la noticia era escasa y él asintió moviendo la cabeza. Por eso lo he llamado a usted, me dijo. Por aquí nadie se ha atrevido ni se atreverá a publicar nada de los Osorio. Le pregunté por qué en la nota aparecía el Mercado Municipal y no la nave del polígono, y el viejo me dijo que Alberto Osorio tenía y sigue teniendo un puesto en el mercado, una pescadería. Y que era allí donde todo había comenzado.

Levanté la vista sin soltar la hoja del periódico. En el fondo de la casa, el sol brioso de la mañana entraba por una humilde ventana de rejas. El viejo seguía hablándome de la pescadería y de los Osorio como si toqueteara una maldición.

Vivían aquí al lado, me dijo y agregó: fuimos vecinos toda la vida. Después de lo que pasó, vendieron la casa y se fueron a Cáceres. Mi mujer falleció al año siguiente.

Le pregunté, entonces, por su hijo ausente y en su respuesta entendí que no se llevaban bien. Antes Ángel venía en Navidad, me dijo. Se fue a Barcelona por un

trabajo y terminó casándose con una muchacha de allí. Tengo dos nietos, mellizos, me dijo el viejo. En Navidad, cuando todavía venían al pueblo, los críos hablaban entre ellos en catalán y yo no me enteraba de nada. Y mi hijo ni se inmutaba. ¿A usted le parece? Se tenía que haber casado con María Luz. Con ella se tenía que haber casado.

Fue en ese momento, recuerdo, cuando se me cruzó por la cabeza, por primera vez, una hipótesis terrible.

Alberto Osorio y su esposa, Adela, tuvieron un solo hijo: una niña: María Luz. Era un matrimonio joven, bastante más joven que el del viejo, aunque Ángel tuviese la misma edad que María Luz. Apenas tres meses de diferencia. No quise meterme en ese fregado: tal vez el viejo se había casado mayor, o tal vez su mujer no conseguía quedar embarazada, o cualquier otra cosa, quién sabe. Tampoco era relevante para la historia. Lo cierto fue que María Luz y Ángel, como no podía ser de otra manera, pasaron la infancia juntos, fueron a la misma escuela y hasta se sentaban, según me dijo el viejo, uno al lado de otro. Eran uña y carne. Crecieron, digamos, juntos. A la entrada de la adolescencia, en esos años raros donde todo puede cambiar sin demasiadas explicaciones, María Luz y Ángel, lejos de distanciarse, se apuntaron en Cáceres al mismo instituto.

Todo hacía pensar que estaban hechos el uno para el otro y que terminarían por casarse, me dijo el viejo.

La pescadería de los Osorio era, al parecer, muy popular. Pero el Mercado del Carmen es pequeño y sus puestos, por más populares que sean, pueden ser atendidos por una sola persona. Alberto Osorio madrugaba: la mercadería llegaba, a veces, cuando todavía no había amanecido. Su esposa Adela, fiel ama de casa, absolutamente chapada a la antigua. María Luz, la niña, en el instituto cacereño donde se había apuntado, también, Ángel. ¿Se preguntará usted qué tiene de anormal esta situación, verdad?, me dijo el viejo.

Ensayé un gesto vago: yo no había hecho trescientos kilómetros para que me soltaran preguntas retóricas.

Un año antes de la tragedia, Alberto Osorio recibió una apetitosa oferta de su principal proveedor. Era una marisquería de Huelva, importante, aunque no lo suficiente como para prescindir de pescaderos más o menos independientes y que estuvieran dispuestos a participar como socios. Que tuvieran algo de dinero, experiencia, clientela, y un poco de ambición mercantil. La idea era que Alberto Osorio se encargara de distribuir el marisco de Huelva por toda la provincia.

Hasta Las Hurdes, si me apura un poco, me dijo el viejo. Todo para él. Yo no sé si en la pescadería de los Osorio hubo alguna vez mariscos que no viniesen de Huelva. Era tan buen cliente que con los años se habían hecho amigos. Imagino que por ese motivo le hizo la oferta.

Lo cierto es que Alberto Osorio no lo dudó.

Lo primero fue alquilar un sitio grande donde pudiera recibir la mercadería. La cosa ya no eran cuatro cajones sino un camión entero todos los días. Y claro, me dijo el viejo, mi suegro conocía a mucha gente en el polígono porque trabajó allí de sereno para varias empresas. Así que le eché un cable y en una semana estaba todo finiquitado. Hasta compró dos furgonetas. Se las vio un poco más chungas con la cámara frigorífica, que costaba una pasta y no hubo más remedio que comprársela a los franceses, de segunda mano. Recuerdo que llegó en uno de esos camiones especiales porque la cámara era grande como una casa.

Y contrató a cuatro empleados, me dijo el viejo.

Y después de pronunciar la palabra empleados, se quedó inesperadamente mudo. Agachó la cabeza y su mirada se clavó en el suelo de granito. Apretaba y movía las manos contra el apoyabrazos de la silla. El bastón colgaba detrás de uno de sus codos. No quise interrumpirlo.

Sé que a mí me contrató porque confiaba, porque éramos vecinos de toda la vida. Porque Angelito y María Luz acabarían casándose y seríamos una misma familia.

El viejo volvió a detenerse. No había ni levantado la cabeza ni dejado de apretujar la madera del apoyabrazos.

A los hermanos Requena, que eran de Plasencia, se los habían recomendado en el Mercado. Pepe y Urbano, se llamaban. Buena madera, gente trabajadora. Pero yo no sé de dónde cojones sacó al morito. No lo sé.

Rashid, me dijo el viejo y levantó por fin la cabeza. Mire que era un moro raro, eh: moreno pero alto y con los ojos verdes. Guapo el cabrón, aunque medio tullido. Tenía veinte años. O eso decía él. Hablaba poco. Desde el primer día en que lo vi supe que nos traería mal fario.

En ese momento, los dos nos quedamos en silencio. El viejo, porque la memoria opera con vocación de jaula. Yo, porque conocía el final de la historia y sabía que Rashid era la figura que anudaría todos los hilos del desenlace. Le pregunté al viejo si le apetecía hacer un descanso o que saliéramos a tomar el aire, pero era un viejo de pocas pulgas y tampoco quise insistirle.

Fue una época dura, me dijo. Para empezar el reparto a las seis de la mañana teníamos que recibir la mercadería de madrugada. Kilos y kilos de marisco fresco. Los hermanos Requena salían con las furgonetas hasta arriba pero no siempre lo que llegaba de Huelva iba a salir ese mismo día, así que teníamos que meter en la cámara la mayoría de los cajones. Ese primer y único invierno no había días que aguantara más de quince minutos dentro de la cámara. Hacíamos turnos cortos, en parejas. Siempre me tocaba con el moro porque los Requena eran unos tíos inseparables.

Le pregunté al viejo por Alberto Osorio pero fue como si se lo hubiese preguntado a una pared.

Aunque lo disimulaba bien, el moro tenía una pierna más corta que la otra, me dijo el viejo. Nadie sabía de dónde coño había salido: uno nunca sabe de dónde viene el mal. Al parecer vivía en las Minas, con sus padres y media docena de hermanos. Se decía que habían venido de Navalmoral. Vete tú a saber.

Volví a preguntarle por Alberto Osorio pero su respuesta fue esquiva y enseguida me habló de su hijo. Y de la hija de los Osorio.

Ángel y María Luz estaban en el último curso, iban a preparar la Selectividad juntos. Se habían hecho mayores ya. Había que verlos. Tendría usted que haberla visto a María Luz esa primavera.

Una mueca prima hermana de la sonrisa pareció dibujársele al viejo en el contorno de su boca. Fue la primera y única vez que percibí ese gesto en su cara acartonada.

A mediados de mayo, una tarde, veo a Angelito con los ojos hinchados, rojos. Le pregunté si se encontraba bien y me dijo que sí. Pero no se encontraba bien, desde luego. Unos días después, mi esposa me desveló qué le pasaba a nuestro hijo. Había hablado con ella. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer. Mi mujer me dijo: Me ha dicho Ángel que vio a María Luz en Cáceres, que la vio por casualidad en la parte antigua, a la salida del instituto, que no había querido seguirla, que fue una casualidad. Ángel los había visto en la Plaza de San Jorge, me dijo el viejo que le contó su esposa. Mi mujer me dijo: Subiendo las escaleras de la iglesia, parece que iban de la mano y que más tarde los vio besarse.

Puto moro, me dijo el viejo como si largara un escupitajo.

Esa fue, pensé, la bisagra que lo cambió todo. Ángel había visto a María Luz con Rashid, de la mano y más tarde morreándose en alguna parte escondida de la ciudad. Probablemente el muchacho habría notado algún cambio en ella. Se

conocían como pueden conocerse los que pasan toda la vida juntos. Decidió seguirla. Rashid era la hostia de guapo, según supe más tarde. Y también María Luz. Imaginé a Ángel siguiéndola de incógnito, nervioso y un tanto cabreado. Imaginé a Ángel viendo, con sus propios ojos, a la pareja, escurridiza y mordaz. Entonces no supe imaginar qué sensaciones habría experimentado el chico. Tristeza, incredulidad, desazón. Cualquiera de esas tres e incluso las tres al mismo tiempo. Mal asunto, pensé también.

No, eso no podía ocurrir, me dijo el viejo. Me lo estuve pensando y al final fui a decírselo a don Alberto. Don Alberto, sabe usted que la niña está liada con el moro. Recuerdo que él se volvió y me dijo sin mucho interés que ya lo sabía. Tan ancho me lo dijo. Y para rematar la faena me dijo que ni él ni su esposa intervendrían en los sentimientos de su hija. Y que no le llamara moro, oye. Que la muchacha ya era mayor, me dijo el viejo que le contestó Alberto Osorio.

El viejo dejó de dirigirle la palabra a Rashid, aun teniendo que realizar juntos tareas que necesitaban algo de comunicación verbal. Dejó de hablarle en lo que quedaba de mayo y todo junio. Y también los seis primeros días de julio de mil novecientos ochenta y cuatro.

Miré la hoja de periódico dormida sobre el mantel de hule. Miré, en realidad, la fecha en que se había publicado la noticia: martes diez de julio.

Ese viernes, me dijo el viejo, estuve con malestares desde temprano. Un dolor aquí atrás, en la cintura. Después de cargar las furgonetas me tomé un calmante y recuerdo que don Alberto me dijo que me marchara a casa, que aprovechara el fin de semana para descansar.

Las furgonetas con los hermanos Requena salieron, como todos los días, un rato antes de las seis. Alberto Osorio solía quedarse en la nave hasta las siete. Luego tiraba para el mercado. Tenía un vehículo pequeño en donde metía el marisco del día, el que iba a vender en el puesto.

Pensaba marcharme a casa sobre las nueve, me dijo el viejo. No podía coger peso, qué gaitas iba a hacer. El morito entraba y salía de la cámara. Siempre había que colocar cajones, poner los del día atrás, revisar que todo estuviera en su sitio. Solíamos acabar sobre las once de la mañana. Cuando don Alberto se marchó, fui hasta la caseta que hacía las veces de oficina y me puse a ordenar los albaranes, era una tarea que hacía todos los viernes.

Alberto Osorio regresó a la nave a las ocho y cincuenta y cinco minutos del viernes seis de julio de mil novecientos ochenta y cuatro, según consta en el

expediente del juzgado, al que tuve acceso unos días después de la entrevista. Pero no regresó solo.

Para mí fue una sorpresa verle, me dijo el viejo. A esas horas don Alberto estaba en el Mercado del Carmen, era imposible que viniese al polígono porque tenía que atender la pescadería.

Según la declaración, Alberto Osorio tenía planificado hacer importantes reformas en la nave del polígono, obras que llevaría a cabo ese mismo verano. Y en el expediente dice textualmente que el viernes seis de julio pidió a su esposa que acudiera al puesto del mercado a media mañana, ya que él había quedado con gente para examinar el proyecto.

Lo vi entrar a don Alberto con el arquitecto Sánchez y uno de los dueños de la marisquería de Huelva, me dijo el viejo. Querían hacer reformas en la nave, reformas de ampliación. Ya me habían avisado que en agosto la nave estaría cerrada. Enseguida don Alberto se asomó a la caseta, me hizo una seña con la mano y siguió en lo suyo. Me levanté como pude pero sólo llegué hasta la puerta, me apoyé en el marco y entonces vi que detrás de ellos venía María Luz. Llevaba de vacaciones varias semanas, igual que Ángel. Me extrañó verla allí. Me extrañó y me dio un poco de tirria. Sabía que ella y mi hijo habían quedado en preparar la Selectividad juntos todas las mañanas de lunes a viernes. Así habían quedado, me dijo el viejo.

Alberto Osorio, el arquitecto Sánchez y el empresario onubense de apellido Linares estuvieron dentro de la nave media hora, según declararon a la justicia. Después pasaron unos diez minutos charlando fuera hasta que regresaron a Cáceres en el coche del arquitecto Sánchez.

Antes de marcharme fui al servicio, me dijo el viejo. No había nadie en la nave más que el morito. Ese día casi no cojeaba. Aunque ya no lo vi entrando y saliendo de la cámara, supuse que estaría dentro, colocando cajones. La puerta de la cámara estaba abierta. Recuerdo que me llamó la atención que no estuviese completamente abierta sino entornada. Así, una cuarta. Desde luego que me importó un pimiento: no me hablaba con él y tampoco pensaba hacerlo ese viernes. El dolor en la cintura me hacía andar con dificultad. Se me ocurrió aprovechar que don Alberto estaba allí y pedirle que me trajera hasta el pueblo.

En la declaración, el viejo aseguró que antes de abandonar la nave pasó por delante de la cámara frigorífica y que en voz alta dijo que se marchaba. Reza

textualmente en el folio 46: Me marchó, cierra tú la nave, ¿vale? Pero en el momento de la entrevista, yo no lo sabía.

Al salir de la nave, me dijo el viejo, don Alberto y los otros dos se estaban montando en un coche moderno de color verde. Era el coche del arquitecto Sánchez. Apuré el paso y le dije a don Alberto que seguía con la cintura hecha polvo y que me marchaba a casa. Me preguntó si Rashid sabía que me marchaba y le contesté que sí. No tuve que pedirle que me trajera al pueblo porque fue él quien se ofreció a hacerlo. Antes de montarme en el coche don Alberto me pidió que cerrara el portón de la nave. Sin llave, pero que lo cerrara.

Cierra el portón, hombre, me dijo el viejo que le dijo Alberto Osorio.

Le remarqué, por deformación profesional, que entonces él había sido la última persona en salir de la nave aquel viernes de mil novecientos ochenta y cuatro. Me arrepentí de hacerlo.

Nos miramos. Los labios del viejo, aun apretados por su voluntad, ensayaban unos breves y eléctricos movimientos. Asintió.

Me dejaron aquí, me dijo el viejo, en la puerta. Don Alberto me recomendó que fuera al hospital en cualquier momento del fin de semana. Fui esa misma tarde. La doctora Calderón me recetó una pomada y reposo.

La firma de la doctora Alessia Calderón Ugarte y su sello con el número de colegiada aparecen en la copia autenticada de la receta del INSALUD que sigue hoy en día adjunta al expediente.

Cuando entré a casa y vi a Angelito estudiando en esta misma mesa, me dijo el viejo apoyando y dejando la mano abierta sobre el hule a cuadros, caí en la cuenta de que María Luz no se había montado en el coche verde del arquitecto Sánchez.

Dejé de apuntar en la agenda y levanté la vista como si esperara a que me dijera alguna cosa más. Otra vez nos miramos a los ojos.

En ese momento no le di mayor importancia, me dijo el viejo.

Durante ese fatídico fin de semana de julio, según declaraciones de la Policía Nacional, de la Benemérita Guardia Civil, y del comisario de la Policía Local de Cáceres, María Luz Osorio fue la persona más buscada de toda España.

Me hubiese gustado preguntarle al viejo si él creía que había sido un accidente, tal y como deja entender la carátula de la causa. Me hubiese gustado preguntarle cómo pudo tragarse la fiscalía que la puerta de una cámara frigorífica del tamaño de una casa, podría llegar a cerrarse sola, como por arte de magia. Más tarde descubriría que todas las acusaciones se descartaron por falta de pruebas.

La noticia salió en los periódicos el día martes. En la mañana del lunes, por orden judicial, la policía ya había acordonado todo el perímetro de la nave y controlaba el acceso y las salidas del Polígono de Las Capellanías. Los cuerpos congelados de María Luz Osorio Cárdenas y Rashid Al-Anwar fueron hallados dentro de la cámara frigorífica por los hermanos Requena, el lunes a las cuatro y veintidós de la madrugada, según consta en las respectivas declaraciones de los folios 74 y 93. Un periódico regional que pude revisar semanas después de la entrevista, explicaba la postura exacta de los cuerpos en el momento del hallazgo: el chico abrazaba por la espalda a la chica, ambos con las extremidades inferiores encogidas, formando una última y alegórica simetría.

Debo confesar, con algo de pudor, que después de que el viejo acabara el relato, tuve dificultades para levantarme de la silla. Y como no quería dejarlo en evidencia, intenté seguir apuntando cosas en la agenda. Pero me sudaban las manos y el boli se me cayó al suelo.

El viejo, bastón en mano, fue hasta la puerta. Yo me levanté, cogí mis cosas, y también fui hasta la puerta. Cruzamos juntos el jardín hasta que llegamos a la verja de entrada. Pasé primero, recuerdo. Una vez en la acera no pude controlar el impulso de echarle un vistazo a la que había sido la casa de los Osorio. Estaba convencido de que él no había visto entrar a la muchacha en la cámara. Y pensé: estaría viva si el viejo la hubiese visto entrar.

Cuando arranqué el motor del coche el viejo me miraba recostado sobre uno de los pilares que flanqueaban la verja. Bajé la ventanilla para despedirme. Sin que lo llamara vino hacia mí. Se cambió el bastón de mano y se quedó quieto, en silencio, a un palmo del coche.

Sabía que no volvería a verlo nunca más. Ni a saber nada de él ni de la puñetera historia de los congelados del polígono y se lo pregunté a palo seco:

Fue usted quien cerró la puerta, ¿verdad?

El viejo levantó la vista por encima del coche. Sus labios, siempre apretados, tiritaban aun contra su voluntad. Yo no era policía y habían pasado más de veinticinco años de un suceso del que nadie quería ya hablar.

No, me dijo el viejo. La puerta se cerró sola.

Intenté sostenerle la mirada pero no pude. Cuando puse primera y solté el embrague, los neumáticos chillaron contra el pavimento. Enseguida dejé atrás la casa del viejo y ni siquiera quise echar un vistazo por el espejo retrovisor. A los pocos metros, en la primera esquina, giré bruscamente hacia la derecha.

Tardé en encontrar la carretera que me sacaba del pueblo. En mi cabeza flotaba la imagen de la hija de los Osorio, adolescente y enamorada, colándose a hurtadillas en la cámara frigorífica del tamaño de una casa que su padre había traído de Francia. Me la imaginé entrando, de puntillas casi, con su corazoncito acelerado, emocionada porque iba a darse cuatro besos rápidos con su guapísimo y exótico amante.

Antes de regresar a Madrid tenía que darme una vuelta por el Mercado del Carmen, donde Alberto Osorio todavía tenía el puesto y la pescadería.

Llegué después de preguntar a varios transeúntes. Aparqué a unos cincuenta metros en diagonal. Más allá del parabrisas estaba la misma imagen que había visto en la hoja de periódico que el viejo me enseñó antes de contarme nada.

El Mercado Municipal Ronda del Carmen es pequeño y a esa hora de la mañana, tan cercana al mediodía, no quedan apenas clientes por sus pasillos. La pescadería de Alberto Osorio estaba allí. Y también el propio Alberto Osorio: un hombre corpulento y calvo y todavía joven al que sólo se le notaban las penas en el fondo de sus ojos negros. Estaba recogiendo y me quedé como un bobo mirando el hielo picado que cubría el escaparate.

El polvo y el frío seco que todo lo congela.

No sé por qué razón le pedí que me vendiera una cigala. Había dos o tres enterradas en el hielo y se me ocurrió pedirle que me vendiera una. Tenía ganas de hablar con él de cualquier cosa pero no me animé. Todavía flotaba en mi memoria aquel julio de mil novecientos ochenta y cuatro. Alberto Osorio, grandote y calvo y de gestos amables, cogió el bicho de un modo mecánico, lo puso sobre la balanza y cuando empezó a envolverlo me miró y me dijo que era una cigala estupenda pescada ayer por la mañana en la costa de Huelva.